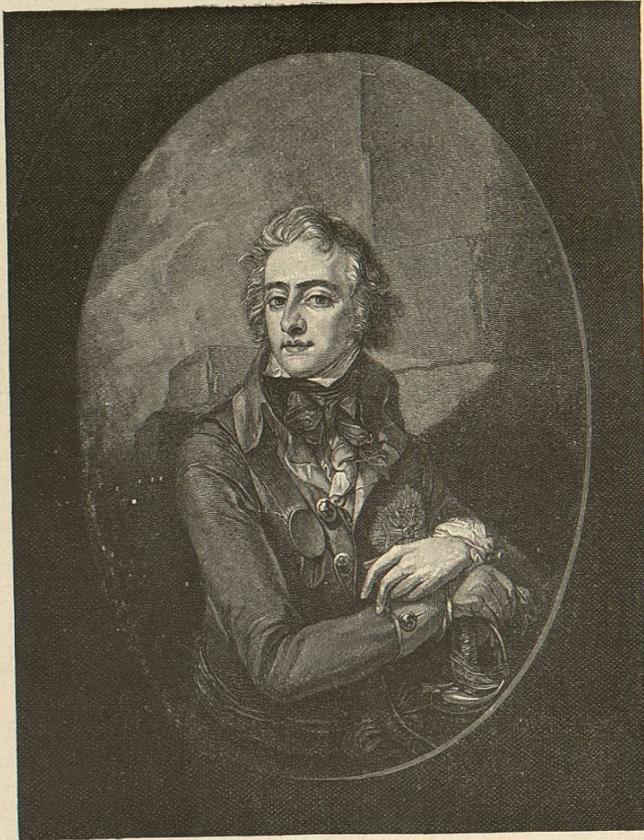


Cuando comenzó la batalla en Mockern, Napoleón acababa de dar orden para que en Leipzig y en todas las aldeas de los alrededores se echaran las campanas á vuelo para celebrar su victoria de Wachau (1), pero cuando, por la tarde, tuvo noticia de la suerte de Marmont, dió por perdida la campaña: en la mañana del día 17, al contemplar el campo de batalla manifestó terminantemente la necesidad de

emprender la retirada general (2), y únicamente para asegurar esta retirada trabó el 18 con los aliados aquella lucha colosal que la historia conoce con el nombre de «batalla de pueblos de Leipzig.» Las posiciones en que resistió á la masa principal del enemigo, en el Sur y en el Este, mientras hacia que al Oeste el cuerpo de Bertrand le mantuviera expedito el camino de retirada que por Lindenau conducía á



LE PRINCE JOSEPH PONIATOWSKY.
de tamaño á la historia de la batalla de Leipzig, en el 17.º día de octubre de 1813.

El príncipe José Poniatowsky.

Copia de un grabado en cobre de Juan Pichler (1765-1805), según un cuadro de José Grassi (1768-1838)

Weissenfels y á Lutzen (3), describían un extenso arco desde el Pleisse hasta el Parthe, corriéndose desde las aldeas de Lossnig y Dolitz por Probstheida con Zuckelhausen y Holz-

hausen hácia Stotteritz, Melkau, Paunsdorf, Schonfeld y Plaussig. Los aliados estaban reforzados por el ejército polaco de Bennigsen y por el ejército del Norte, al que el gene-

vision del ejército austriaco para advertir al emperador Napoleón del peligro que le amenazaba y para inducirle á emprender la retirada? Por lo menos así parece, y muy bien hicieron en no apurar demasiado á Napoleón con sus 150,000 hombres poniéndole en situación desesperada y sin retirada (á las líneas de comunicación que hasta entonces había tenido), pues 150,000 soldados valientes, mandados por un jefe decidido, ¿pueden verse nunca incomunicados? ¿pueden encontrarse nunca cercados? Pues, ¿quién, por valiente que fuera, podía impedir que tales fuerzas se abrieran camino? y si estos 150,000 hombres querían abrirse paso — la historia universal no ofrece de ello ejemplo alguno — necesariamente habían de arrasarlo todo consigo y las consecuencias habrían sido

(1) Odeleben, pág. 339.

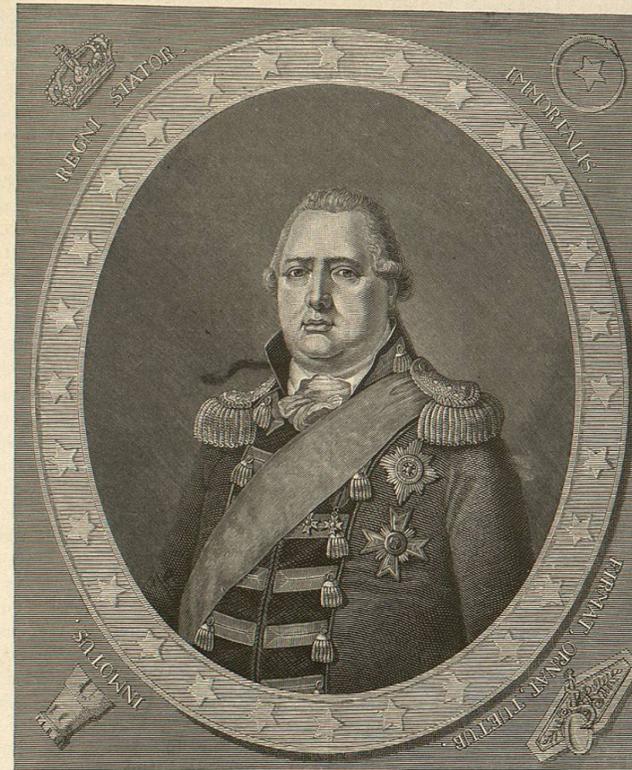
(2) Thiers, tomo XVI, pág. 578.

(3) Respecto de esto, es decir, de que consiguiera tener este camino expedito, dice Plotho, tomo II, págs. 425-426: «Que el jefe de artillería de campaña Giulay conquistara en parte la aldea de Lindenau y que no destruyera el puente sobre el Luppe y el Elster, aun cuando en el posterior ataque no defendió este punto con todas sus fuerzas, que en los tres días siguientes permaneciera simplemente en observación sin reanudar el ataque, y que no se enviaran allí refuerzos bohemios y silesios, todo esto demuestra que no debía haber la intención de ocupar á Lindenau. ¿Era, pues, aquello una tentativa que se hacía con la tercera di-

ral Blucher había cedido la mitad de sus tropas con el solo objeto de hacer entrar en fuego al príncipe heredero de Suecia.

La lucha principal del 18 de octubre se trabó en el ala derecha de Napoleón, en Dolitz y Probstheida. Allí fueron los polacos los que se resistieron contra todos los ataques de los austriacos, con tal tenacidad que el emperador nombró mariscal en el mismo campo de batalla al príncipe Poniatowski, sobrino del último rey de Polonia Estanislao, que los mandaba. Allí fué donde los cuerpos de Víctor y de Augereau, mandados por Murat y apoyados por Napoleón y sus guardias, resistieron á pié firme los repetidos ataques de los cuerpos de Kleist y Wittgenstein. Por el contrario, en el ala izquierda, en donde Macdonald y Reynier luchaban solos contra las fuerzas superiores de Bennigsen, el combate tomó tan mal aspecto para los franceses que, cuando se vió que detrás de los austriacos de Bubna, dueños ya de Paunsdorf, marchaban los primeros batallones de Bulow, los 3,000 sajones, cansados ya del servicio de mercenarios, abandonaron

rebu, mandados por Murat y apoyados por Napoleón y sus guardias, resistieron á pié firme los repetidos ataques de los cuerpos de Kleist y Wittgenstein. Por el contrario, en el ala izquierda, en donde Macdonald y Reynier luchaban solos contra las fuerzas superiores de Bennigsen, el combate tomó tan mal aspecto para los franceses que, cuando se vió que detrás de los austriacos de Bubna, dueños ya de Paunsdorf, marchaban los primeros batallones de Bulow, los 3,000 sajones, cansados ya del servicio de mercenarios, abandonaron



Friedrich, König von Württemberg.
Schwaben und von Neckar.

Federico, rey de Wurtemberg.

á la voz de sus oficiales á Reynier y se pasaron con banderas desplegadas á los aliados, ejemplo que á poco siguieron de quinientos á seiscientos jinetes wurtembergueses que mandaba el general Normann. La tenacidad con que Napoleón

había detenido la posición Dolitz-Probstheida hizo creer á los aliados que al día siguiente se trabaría por la posesión de esta altura un nuevo y sangriento combate, creencia que permitió á Napoleón, en la madrugada del 19, hacer retirar sin que nadie lo notara 100,000 hombres de su ejército, que por el desfiladero de Lindenau se encaminaron á Weissenfels. Hasta que se disipó la niebla de la mañana no vieron los aliados que el enemigo había emprendido la retirada. Desde aquel momento ya no se trabó ninguna batalla campal, sino una serie de combates, en parte sangrientos, en los arrabales y en las puertas interiores de Leipzig, en cuya defensa los polacos lucharon contra los prusianos con verdadera ferocidad (1). Uno de los últimos polacos que se sacrificaron por

incalculables. Y si Napoleón se abría un camino hácia Magdeburgo, la Alemania no se veía libre como había de verse con esta batalla, la guerra tomaba un sesgo muy distinto y el teatro de la lucha se trasladaba hácia la Alemania septentrional. Por esto le dejaron que se dirigiera al Rin por el camino recto. Con mucho acierto se le quiso poner el puente de plata; él mismo fué quien hizo volar los de piedra. Por lo demás, la retirada de Napoleón hácia el Rin significaba el abandono de 170,000 veteranos franceses que dejaba en Dresde, Torgau, Wittenberg, Magdeburgo, Hamburgo, Glogau, Kustrin, Stettin y Dantzic. Thiers, tomo XVI, pág. 579 (*).

(* Thiers no habría escrito probablemente estas rasas después de 1871, en que se demostró lo contrario. (N. del T.)

(1) Mosbach: Para la historia de la guerra franco-alemana de 1810

la realización del sueño de la resurrección de Polonia fué el príncipe Poniatowski, el cual, cuando voló el puente del Elster, se arrojó con su caballo á la corriente, pero apenas llegó á la otra orilla fué alcanzado por una bala enemiga y cayendo de repente del caballo pereció ahogado (1).

Entre los millares de prisioneros de guerra que cayeron en poder de los aliados en el asalto de Leipzig, encontrábase también el anciano rey Federico Augusto de Sajonia, de cuya suerte trataron en primer término los monarcas aliados cuando al mediodía del 19 penetraron en la ciudad aclamados con gritos de júbilo por sus habitantes. El emperador de Austria hubiera querido señalarle como residencia la ciudad de Praga, pero el emperador de Rusia y el rey de Prusia habían ya resuelto enviarle á Berlin, y convinieron con el emperador de Austria en que los monarcas no le verían y en que fuese el conde Metternich el encargado de notificarle personalmente la resolución adoptada. «Dirigíme, — dice éste, — al palacio del rey, siendo inmediatamente llevado á su presencia. Me esperaba de pié en su salón y me recibió con mucha afabilidad. Desempeñé mi cometido con todos los miramientos posibles: el rey me escuchó inmóvil, pero con una expresión de resignación completa díjome algunas palabras y trató de hacerme comprender que su situación no le permitía tener otra actitud. Contestéle que como jefe del gabinete que hacía poco tiempo le había tendido la mano (2) para salvarle á él y á su país, me creía obligado á hacerle presente que toda su desdicha era simplemente hija de una primera falta (3). El rey quiso entregarme su espada, mas yo le manifesté que no me consideraba autorizado para recibirla. Mientras estábamos conversando entró en el aposento la reina de Sajonia, la cual, apenas se hubo enterado del objeto de mi visita, se sintió presa de una gran agitación dirigiéndome duras reconvenciones porque combatía la causa de Napoleón, que ella calificaba de causa de Dios. Le contesté con calma que no me encontraba en presencia del rey para discutir con ella este asunto. El rey partió inmediatamente para Berlin y Freienwalde (4).»

El anciano Blücher, que fué de los primeros en entrar en la ciudad, escribía en 20 de octubre: «Ya hemos visto los dos grandes y hermosos días, el 18 y el 19. Cayó el gran coloso como el roble derribado por el vendabal; él, el gran tirano se ha salvado, pero sus muchachos están aquí, en nuestras manos. — El día 19 fué tomada con grandes sacrificios y por asalto, al final de la lucha, la ciudad de Leipzig. Se quería pegar fuego á Leipzig, pero yo me opuse á las baterías rusas y éstas no pudieron disparar mas que con bala (en vez de granadas). La infantería rusa fué la primera en entrar á mi lado en la ciudad; al otro lado entraron los bravos pomeranos: aquella fué una lucha sin igual; en Leipzig nos apoderamos de cien cañones. Nuestros monarcas me dieron las gracias en la plaza pública y Alejandro me estrechó contra su corazón (5).»

El mismo día en que esto escribía, el príncipe Guillermo, hermano del rey, le entregó una orden de gabinete de éste, en que con fecha de 20 de octubre le decía: «Con repetidas victorias multiplicáis vuestros servicios al Estado con una rapidez que no me es dado seguir en mis testimonios de gratitud. Recibid una nueva prueba de ellos con el nombramiento de

general feld-mariscal y revestid esta dignidad por mucho tiempo para alegría de la patria, como modelo para el ejército, al cual tantas veces habeis conducido al triunfo y á la gloria (6).»

El mismo día 20 de octubre el conde Metternich fué elevado por el emperador Francisco á la categoría de príncipe hereditario, siendo el primer acto que realizó en su nueva dignidad la victoria que obtuvo sobre el plan favorito de los rusos y de los prusianos sin que éstos lo notaran. El rey de Sajonia era el prisionero de los aliados y su país, conquistado con ríos de sangre, constituía el botín de la coalición. El destronamiento de este monarca y la cesión de todo su reino á la Prusia, para «indemnizar» á ésta — dentro del espíritu del tratado de Breslau-Kalisch — por todo lo que seguramente era el Este y probablemente en el Sur y en el Oeste no había de serle restituido, eran cosas tiempo hacia decididas por el emperador Alejandro y sobre las cuales estaban de acuerdo Federico Guillermo y Hardenberg. Había llegado el momento, si no de consumir, por lo menos de preparar la cesión de Sajonia á Prusia, y con solo convocar el «consejo administrativo» de Sajonia, que volvía á nacer, y concederle atribuciones, podía esta cesión convertirse en hecho aun cuando nada se hubiese decidido todavía, en el terreno de un tratado, respecto del porvenir de este reino. Hardenberg, Humboldt y Stein deseaban una institución que preparara una administración prusiana, pero Metternich supo hacer fracasar estos proyectos, logrando que en 21 de octubre se firmara en Leipzig un proyecto en virtud del cual Sajonia debía continuar administrada por funcionarios de su rey nacional, y por lo que hacía al «departamento central», al frente del cual tuvo que consentir mal de su grado que se pusiera el barón Stein, se le privó de toda atribución en los asuntos interiores del país, limitando sus facultades á funcionar como «corporación al cuidado del abastecimiento del ejército (7).»

Aun en la retirada fué Napoleón lo mismo que hasta entonces había sido, á saber: el general mas grande de los tiempos modernos, á quien los mas ilustres militares de entre sus enemigos no podían «comunicar», «cercar», ni «inquilar» con la misma facilidad que los *diletanti* de la posteridad, los cuales no se cansan de hablar de ello en un tono tal que no parece sino que todos los que no consideraran aquella tarea como juego de niños hubieran de ser tenidos por cobardes, por imbéciles y por traidores. Los cien mil hombres, por lo menos, con que Napoleón había huido de Leipzig eran en sus manos, aun en la marcha forzada hacia el Rin, una arma terrible; pero el hecho de su retirada produjo consecuencias irreparables. En efecto, la confederación del Rin sucumbió en el Norte y fué disuelta en el Sur por los bávaros. El rey Jerónimo de Westfalia, que ya en 28 de setiembre había huido cobardemente ante los rusos de Chernicheff, volvió despues á su puesto pero encontró intolerable la «presión de las circunstancias», y en 26 de octubre dejó definitivamente en la estacada á su país y á sus vasallos (8).

Entretanto, el general Wrede había emprendido con su cuerpo bávaro-austriaco la marcha desde el Inn al Main, y al llegar á las fronteras de Wurtemberg intimidó de tal manera

(6) Colomb: *Blücher en cartas sobre las campañas de 1813 á 1815*, página 60.

(7) Véase mi trabajo: *De los últimos meses de 1813*, en el *Almanaque histórico*, serie sexta, tomo II, pág. 13. En el mismo periódico he publicado en estos últimos años otros dos trabajos con los epígrafes de: *Lord Castlereagh y la conferencia de ministros celebrada en Langres en 29 de enero de 1814* y *La crisis de la última negociación de paz con Napoleón I* (febrero de 1814). A los tres me he de referir en lo sucesivo, y para mayor brevedad los designaré con las letras A, B y C.

(8) Du Casse: *Les rois frères de Napoleón I*. Paris, 1883, pág. 464.

al rey Federico con la amenaza de tratar al país como enemigo, que este monarca se prestó en 23 de octubre á firmar un convenio militar, en virtud del cual aportó al ejército de Wrede un contingente de 4,000 hombres y 600 caballos que continuaron, unidos á aquel general, la marcha hacia el Main. Al llegar á este río, guardaron el paso de Aschaffenburg, mientras en Hanau se luchaba á las órdenes de los bávaros á pesar de que Wurtemberg no firmó su tratado con los aliados hasta el día 2 de noviembre (1). El conde Montgela estaba entusiasmado con el arrogante papel que nuevamente desempeñaba la Baviera, y escribía en 21 de octubre al general: «Sería un gran pensamiento unir todas las fuerzas de estos príncipes y hacer del rey el jefe y centro de una confederación meridional de Alemania: esto aumentaría la fama y la influencia de S. M. y os concedería á vos la fuerza y los recursos de un Tilly, posición en la que os vería con mucho gusto.» Este hermoso sueño de Montgela vióse muy robustecido cuando Wrede en 26 de octubre se apoderó de Wurzburg y obligó á su gran duque á separarse de la confederación del Rin y á darle su puñado de tropas para ir contra el emperador, y sobre todo cuando en 28 del propio mes el príncipe primado, Carlos de Dalberg, gran duque de Francfort, á la sazón en Constanza, «suplicó respetuosísimamente al rey de Baviera que tomara posesión civil del gran ducado de Francfort en nombre del gran duque heredero Eugenio Napoleón (2).»

Napoleón había llegado en 28 de octubre á Schluchtern por el gran camino militar que pasaba por Weissenfels, Freiburg, Ollendorf, Erfurt y Hunfeld, y desde allí había penetrado en los estrechos desfiladeros del valle de Kinzig, que al llegar á Gelnhausen se ensancha nuevamente hacia Langensfeld y Hanau. Hasta entonces habíale ido siguiendo á una jornada de distancia el ejército de Blücher, en pos del cual iba inmediatamente Schwarzenberg con el grueso de las tropas. Delante de los franceses iba, desde el 28 de octubre en que había salido de Hanau, el cuerpo austro-bávaro del general Wrede, compuesto de 30,000 infantes y 3,500 jinetes, que esperaba á una fracción del ejército francés pero no al emperador en persona con sus guardias y el resto de sus fuerzas. El día 28 había recibido una carta de Schwarzenberg en la cual éste le decía que pues Napoleón evitara el camino de Kassel para no encontrarse con Blücher y procurara, por otra parte, no encontrarse con Wrede, de cuya marcha debía estar enterado, «era muy posible que tomara la dirección de Wetzlar, pasando por Hersfeld y Alsfeld, con el objeto de trasponer el Lahn y de conseguir pasar el Rin por Bonn y Coblenza (3).» Esta falsa creencia se arraigó de tal manera en el ejército principal, que Blücher recibió la orden de apartarse del camino de Fulda á Francfort y encaminarse por el Vogelsberg hacia Giessen y Wetzlar, dirección que, en efecto, emprendió el día 31 de octubre; de manera que cuando Napoleón marchó sobre Hanau tenía las espaldas completamente libres, pues el grueso del ejército se había quedado muchas jornadas atrás. Wrede no comprendió su error hasta que en el momento de la batalla notó la presencia de los guardias imperiales. Entonces exclamó con mucha razón: «La cosa ya no tiene remedio, y por lo tanto hemos de hacer lo que podamos como bravos soldados.» La posición que tomó á la derecha del Kinzig, teniendo el río á sus espaldas y enfrente, muy cerca, la selva de Lamboi, de donde había de salir el enemigo, hubiera sido simplemente insensata si Wrede hubiese sabido quién y qué era lo que

delante de sí tenía; pero la verdad es que no lo supo hasta que del bosque salieron los guardias imperiales, y entonces ya no le era dado, sin empeñarse en una lucha, retroceder ni avanzar por un lado. Además, comprendió perfectamente que retirándose hacia la orilla izquierda del Kinzig podía dar á comprender que no había intentado un ataque serio, que quería «dejar abierta aquella salida al enemigo.» «Hemos de intentar á toda costa atacar y detener al enemigo. Somos amigos demasiado recientes para no dar pruebas formales de nuestra buena voluntad (4).» En la sangrienta batalla del 30 de octubre los bávaros y los austriacos se mantuvieron firmes con bravura extraordinaria hasta la tarde, en que el enemigo desplegó grandes masas de artillería y caballería muy superiores á las de aquellos, obligándoles á emprender la retirada. El general Wrede, que durante la batalla había recorrido los puntos mas peligrosos en medio de una terrible lluvia de balas, reanudó á la mañana siguiente el combate para arrebatar á los franceses la villa de Hanau, sosteniéndose este ataque con toda energía hasta que Wrede cayó de caballo gravemente herido en el reconquistado puente del Kinzig, siendo imposible desde aquel momento contener la retirada de Napoleón á Maguncia y á Francfort.

El general Fresnel, que se encargó del mando hasta que se hubo restablecido Wrede, trasladó en 1.º de noviembre su cuartel general á la cercana Dornigheim, donde al día siguiente firmó con el barón Du Thil un convenio militar, en virtud del cual el gran duque Luis I de Hesse se separó de la Confederación del Rin y prometió cooperar á la guerra contra Napoleón. El gran duque, engañado por el embajador francés Vendeuil, huyó con éste á Mannheim antes de que le hubiera sido dado al francés poner en claro las intenciones de los aliados; pero una vez allí explicóle aquél el día 4 lo que entretanto había sucedido. «Perfectamente, — dijo Vendeuil, — el emperador me manda decir á V. A. R. que dentro de pocos meses volverá á Alemania; que entonces devastará de tal manera vuestro país que no quedará en él piedra sobre piedra y que hará contra V. A. y contra todos los suyos todo cuanto sugiere la indignación producida por la traición y la deslealtad.» Con entereza contestó á esto el gran duque: «Si el emperador logra armonizar la voz de su conciencia con la manera de proceder que acabais de exponer, sucumbiré con mis súbditos; pero nunca sucumbirán éstos sin mí. Sea lo que fuere, confío en la divina Providencia.» El francés se apresuró á cortar este diálogo, pero antes de subir al coche exclamó cerrando los puños y dirigiendo la mirada hacia las ventanas de los aposentos del gran duque: «¡Me la pagarás, príncipe (5)!»

El día 2 de noviembre Wurtemberg entró definitivamente

(4) Heilmann, pág. 284. El príncipe Augusto Taxis dice en su *Diario*: «En cualquiera otra ocasión hubiera yo censurado á un general que trabara un combate formal en la llanura de Hanau teniendo el Kinzig á las espaldas. Pero como — según he dicho — el general Wrede hasta el momento en que salieron los franceses del bosque no creyó tener que habérselas con Napoleón y con el grueso de su ejército, tengo para mí que cuando se convenció de ello no le era dado rehuir la lucha. No se trataba ya de si el ejército podría mantenerse en sus posiciones, sino de demostrar á las potencias y al mundo entero que nuestra conversión había sido formal y sincera. Baviera había tenido durante demasiado tiempo la mala fama de estar indisolublemente unida á Napoleón, para no sellar en aquella ocasión con sangre nuestro rompimiento: es mas, yo hubiera querido que por la tarde hubiese también entrado en combate la reserva, que se hubiese echado mano de todo. Finalmente, hay que añadir que podíamos contar con Blücher y con Bubna, que el día 30 nos habían sido anunciados, pero el primero se había dirigido desde Fulda hacia la derecha y el segundo no llegó á donde estábamos hasta el tercer día.» Heilmann, pág. 287.

(5) Memorias de Du Thil, en el archivo del Estado de Darmstadt; véase mi discurso de rectorado: *La unión aduanera hessense-prusiana de 14 de febrero de 1828*. Giessen, 1878.

(1) Heilmann, pág. 267.

(2) Beaulieu-Marcoannay: *Carlos de Dalberg y su ejército*. Weimar, 1879, pág. 261.

(3) Heilmann, pág. 279.